

una jactancia en la señora de Lebretón el anunciar como cosa cierta las intenciones matrimoniales del joven Pommeret.

— ¡ Ah ! ¡ Ah ! — pensó, al ver la confusión de la viuda ; — ¡ No está aún maduro ese proyecto de boda !

— No es cosa urgente — murmuró Adriana. — Ya le avisaré á usted cuando esté fijada la fecha.

— ¡ Mientras más pronto, mejor !... Servidor de usted, señora.

Dijo, saludó y se retiró, dejando contristada y pensativa á la señora de Lebretón. Aun cuando el sol esplendía magnífico iluminando el jardín, á la viuda se le antojaba todo negro ; las palabras del Párroco le ensombrecieron el resto del día.

En ese estado de meditabundez angustiada, la halló Francisco Pommeret, cuando, después de anochecido, se presentó en la Mancienne.

Efectivamente, según había insinuado el Rector, el guarda-general pasaba allí todas las veladas. De vez en cuando, entraba ostensiblemente, en pleno día, como quien va á hacer una visita ; pero lo corriente era que, ya de noche, después de dar un rodeo, se deslizase por la puertecilla del parque, entreabierta oportunamente para recibirlo. El joven creía despistar así la curiosidad del ve-

cindario, y se figuraba cándidamente que nadie conocía aquellos manejos. Los enamorados viven llenos de ilusiones infantiles y dan por sentado que, para no ser visto, basta tener la buena intención de no dejarse ver. Estos subterfugios de aves-truz — que imagina alcanzar la invisibilidad escondiendo la cabeza — no engañaban á nadie en Auberive. Todas las noches Pommeret sufría, sin saberlo, un espionaje secreto. Se sabía exactamente á qué hora entraba en la Mancienne, el tiempo que allí pasaba y el camino que seguía para salir. El Párroco no había exagerado afirmando que la conducta imprudente de los novios principiaba á indignar á grandes y chicos en el vecindario.

A la luz de la lámpara, colocada en un ángulo del salón, Francisco vió el entrecejo fruncido y la expresión de tristeza del rostro de Adriana.

— ¿ Qué tiene usted ? — le preguntó cogiéndole las manos, atrayéndola á sí y mirándola cariñosamente.

— He recibido la visita del Rector, y me ha dicho cosas desagradables.

— ¡ Qué hombre tan antipático ! — exclamó el guarda-general. — Es envidioso y rencoroso como todos los que padecen del hígado... Hay bilis en sus

pensamientos y en sus palabras. ¿Qué ha inventado ahora para disgustar á usted?...

— ¡ Desgraciadamente no ha tenido que molestarle inventando! Se ha contentado con poner rudamente el dedo en la llaga, refiriéndome todo lo malo que de mí se dice y acusándome de ser motivo de escándalo para su parroquia.

— El Padre Cartier toma por realidades sus deseos... Se ha propuesto separarnos porque adivina que yo amo á usted.

— No le ha costado trabajo adivinarlo — contestó, sonriendo melancólicamente, la señora de Lebreton. — Yo misma se lo he declarado.

— ¡Qué imprudencia! — observó Francisco. — ¡Va á ir contándolo por todas las casas de Auberville!

— No tendrá que ir á contarle — murmuró la viuda, moviendo la cabeza. — Todo el pueblo sabe ya á qué atenerse sobre el asunto... No soy sorda ni ciega, y he notado muy bien que esta gente no es la que era para mí. Nada me pasa inadvertido; ni la frialdad y reserva de mis antiguas amistades, ni las miradas socarronas y los cuchicheos de los aldeanos cuando me ven en la calle, ni las precauciones injuriosamente discretas de mis criados... Se me juzga, se me juzga severamente,

y lo tengo merecido... La malignidad aun no se ha manifestado abiertamente, porque este vecindario es tímido; pero no hace falta sino que surja alguna circunstancia desdichada para que el estallido se produzca... Conste, amigo — añadió al ver cómo se ensombreció el rostro de Francisco — que ni censo á usted, ni lamento lo ocurrido... Aun en esta situación tristemente falsa, me alegro muchísimo haber conocido á usted.. Pero no quisiera que la niña por mí adoptada y que ha de venir á pasar aquí las vacaciones, no quisiera que Dionisia se viese expuesta á oír censurar mi conducta, ni fuese testigo de manifestaciones desagradables... He examinado seriamente el asunto y he creído que hace falta adoptar una resolución definitiva...

— ¿Qué resolución? — murmuró Pommeret, muy eariacontecido, sin penetrar el objeto que se proponía la viuda... Creía que le iba á anunciar la conveniencia de un rompimiento, y se veía ya desterrado de la Mancienne.

— Francisco — continuó la señora de Lebreton, con acento trémulo, pero claro y vibrante. — ¿Me ama usted mucho?... ¿Me ama como ama un hombre formal y sincero y no como un niño que pierde la cabeza por la primer mujer

que le gusta?... ¿Me ama con amor firme y duradero?

— ¡La adoro! — contestó el joven, estrechándole y besándole las manos, que retuvo entre las suyas. — ¡Nada podrá separarme de usted!

— Pues entonces, amigo mío, hay que imponer silencio á las malas lenguas y hay que despejar nuestra situación para que sea inatacable... Conviene que nos casemos lo más pronto posible.

Francisco Pommeret hizo tal movimiento de asombro que dejó escapar las manos de Adriana. Sintió repentino deslumbramiento; y, en un instante, vió, como desde la cumbre de una montaña, la magnífica hacienda de la Mancienne, el parque y los bosques, las granjas y los prados, las rentas y los montones de oro á sus pies, mientras que una voz misteriosa le susurraba al oído: « ¡Todas estas riquezas son para ti, para ti, desheredado de la fortuna, sexto hijo de una modestísima familia burguesa que ha vivido siempre con grandes apuros! » Esto duró escasamente dos segundos; después, una tras otra, en rapidísimo desfile, surgieron las reflexiones.

Es de justicia decir que el guarda-general jamás había concebido formalmente la idea de un desenlace tan maravilloso. Ni sentía codicia ni

grandes ambiciones. Temperamento sanguíneo y sensual, anteponeía el impulsivo deseo de goces á la reflexión y á los cálculos interesados. Se encaprichó con la señora de Lebretón, no con la segunda intención de hacer un matrimonio ventajoso, y si por ese hervor tumultuoso de la sangre moza que lleva á un hombre de veinte y cuatro años, guapo y robusto, á cortejar á una mujer joven todavía y muy apetitosa, especialmente cuando ésa mujer es la única que, en una localidad rural, posee la gracia femenina y la elegancia mundana que son nuevos alicientes para un vanidoso y voluptuoso como Francisco. Había considerado esta conquista como un medio para satisfacer sus apetitos de placeres, y para pasar agradablemente el tiempo, y no se le ocurrió nunca mirar más allá. Ahora, al llegar á la cumbre soñada y al contemplar nuevos é imprevistos horizontes, experimentaba más deslumbramiento que satisfacción. Hasta entonces, nunca pensó formalmente en casarse, y la idea de atarse para siempre cuando empezaba á vivir, le hacía sentirse más meditabundo que entusiasmado.

Adriana contemplaba con inquietud la expresión vacilante y soñadora del rostro de Pommeret.

— ¿No me contesta usted? — balbució la dama, con acento angustiado.

— ¡Perdón! — dijo, al fin, el guarda-general. — Piense que soy pobre como Job y que usted posee, según cuentan, tres millones... Si acepto la dicha que usted me ofrece, los maldicientes y los envidiosos me acusarán de haberme casado por el interés... Esto es lo que me hace dudar.

Los oscuros ojos de la señora de Lebreton dirigieron á Francisco una mirada rebotante de ternura y de reconocimiento. Le estaba agradecida por aquellos escrúpulos de dignidad; gozaba triunfando al ver desmentidas las mortificantes insinuaciones del Párroco, y se complacía admirando la delicadeza y la altivez de carácter del hombre á quien amaba.

— ¡Querido! — exclamó, estrechando las manos de Francisco. — Gracias por haberme contestado francamente; ahora mi cariño ha aumentado... Si usted vacila por consideraciones de delicadeza ¿qué diré yo, que le llevo diez años? La edad establece entre nosotros mayor desproporción que la fortuna... ¡Yo amo á usted, mucho más que usted á mí! Si insiste en esta mezquina cuestión de dinero, me demostrará que pone el amor propio por encima del cariño... Yo

también soy orgullosa y, sin embargo, pisoteo el orgullo y lo supedito á los impulsos del corazón.

Pommeret iba á replicar y á protestar. Adriana, graciosamente, le tapó la boca con la mano.

— ¡Cállese! — susurró con acento apasionado, que fué como deliciosa caricia para el joven. — Ante todo, señor mío, no quiero ponerle un puñal en el pecho... No hablemos más esta noche; reflexione formalmente y tráigame mañana la respuesta.

Dijo, y lo condujo al parque silencioso y oscuro, entoldado por densas nubes de tempestad. En los macizos floridos se dejaba ya sentir la influencia del otoño; las hortensias medio secas, las rosas de te que se deshojaban y las clemátides mustiándose, impregnaban el aire de aromas dulcemente enervadores, languidecientes, que hubiera debilitado resoluciones más enérgicas que las del joven Pommeret. Cogido del brazo de Adriana, escuchaba soñadoramente el gloglotear de los arroyos que corrían bajo los puentes rústicos, y contemplaba, entre los claros de los copudos castaños, la blanca fachada de la Mancienne. La lámpara del salón teñía con luz anaranjada las vidrieras del vestíbulo, y, el edificio, en medio de la obscuridad misteriosa, resultaba aun más suntuoso é imponente que de costumbre. Francisco

pensaba que, con pronunciar una palabra, sería suya toda aquella opulencia ; al mismo tiempo, con estremecimiento de orgullo satisfecho, recordaba su primera visita á la Mancienne, cuando, aburrido y helado por el cierzo de Febrero, se detuvo bajo aquellos mismos árboles y dirigió una mirada de envidia al parque y á la casa...

Llevaban buen rato sentados en un banco, cuando sonaron las campanadas de las once. Adriana acompañó al joven hasta la puertecilla de salida, y le dijo, estrechándole las manos con energía algo nerviosa :

— ¡ Hasta mañana por la noche !

Francisco Pommeret, caminando por sendas extraviadas, llegó al paseo de la Isla. El pueblo entero parecía dormido. El cielo se hallaba tan nublado, y las copas de los tilos proyectaban tanta sombra, que el guarda-general marchaba con trabajo por el camino abierto entre los brazos del Aube. En el recodo que domina al abrevadero, un obstáculo, elástico al par que resistente, hizo que Francisco tropezase y se tambaleara, y, gracias á haberse abrazado al tronco de un árbol, se libró de un baño en lo más hondo del riachuelo. Cuando volvió á pisar en firme, buscó á tientas lo

que le había hecho tropezar y se encontró una cuerda tendida, á la altura de las rodillas, atravesando el paseo, de modo tal que era casi seguro que obsequiaría con una zambullida en el Aube al que de noche caminase incautamente por aquel lugar. Pommeret lanzó un terrible juramento. En el mismo instante escuchó resonar grandes carcajadas en las ventanas sin luz de la casa próxima. Evidentemente habían tendido la cuerda para que él tomase un baño, y los autores de la pesada broma reían creyendo que la jugarreta logró completo éxito. Al llegar á la posada, halló, contra costumbre, cerrada la puerta, y, para que abriesen, tuvo que llamar y que esperar mucho rato, mientras en la casa frontera seguían riendo á mandíbula batiente. Los de la posada estaban sin duda de acuerdo con los bromistas, porque, sólo cuando transcurrieron más de cinco minutos, se dignó abrir la fondista, completamente vestida. Fingiendo asombro, murmuró con zumba :

— ¿ Cómo ? ¿ Pero es usted, señor guarda-general ? ¡ Vaya ! ¡ Como no le vi salir esta noche, lo suponía durmiendo á pierna suelta !

Y, así hablando, levantaba y bajaba la bujía y examinaba á Francisco de pies á cabeza, pensando hallarlo empapado como una sopa.

Pommeret, furioso, le quitó la palmatoria de las manos y subió á su cuarto.

— Adriana tiene razón — se dijo, desnudándose — hay que tapar la boca á esta gentuza, que ya va insolentándose; hoy se han atrevido conmigo; mañana, si no pongo coto, se atreverán con ella.

El domingo siguiente, un poco antes de la misa Mayor, los aldeanos que charlaban en la plaza aguardando el último toque, vieron al sacristán abrir la rejilla del tablero de anuncios y pegar una hoja de papel timbrado y escrito. Los curiosos se aproximaron y leyeron, con emoción que se exteriorizaba en confusas exclamaciones, la primera amonestación del matrimonio proyectado entre « Pedro Francisco Pommeret, guarda-general de la Administración forestal, residente en Auberive, y Laureana María Adriana Ormancey, viuda en primeras nupcias de Marcelo Lebreton, residente en la Mancienne, de la misma feligresía ».

Irma Chesnel, que, desde la ventana de la Administración de Correos, observaba los gestos y las admiraciones de los aldeanos, no pudo resistir á la curiosidad, y salió, con el cabello alborotado, á unirse al grupo que se apretaba ante el tablero anunciador. Descifró lentamente los garrapatos

de la proclama. Cuando volvió á cruzar la plaza, reflejaba en el rostro displicencia y desilusión.

— ¡ Negocio concluído ! — exclamó entrando en la oficina donde su hermana precintaba los paquetes postales. — La viuda se casa ¡ ya está anunciado !

— ¡ Será estúpida ! — contestó la Administradora, lacrando y sellando pliegos.

— ¡ Lo mismo da ! — murmuró Irma, bramando de despecho. — Hay personas con suerte, y el guarda-general puede ufanarse por haber realizado un lindo sueño. ¡ Le deseo mil felicidades con una mujer que tiene diez años más que él !

— Querida hermana — observó sentenciosamente la mayor, sin dejar de precintar, lacrar y sellar. — A caballo regalado no se le mira el diente... A mi juicio la que merece lástima es la viuda: comete una necedad, y... ¡ ha de arrepentirse !